

El proyecto político de la noviolencia/ El ejército incruento de mañana. Materiales para un debate sobre un nuevo modelo de defensa	121
Mediterráneo hoy. Entre el diálogo y el rechazo	122
Europa y el Mediterráneo	125
El poder olvidado. Las mujeres ante un Islam en cambio	127
Informe mundial sobre Desastres 1995	130
Palestine in crisis. The struggle for peace and political independence after Oslo	132
La situación de los refugiados en el mundo. En busca de soluciones	134
Whitewash: Pablo Escobar and the Cocaine Wars	137

GONZALO ARIAS

**El proyecto político de la
noviolencia**

**El ejército incruento de
mañana. Materiales para
un debate sobre un nuevo
modelo de defensa.**

Nueva Utopía, Madrid, 1995.

He aquí dos textos recientemente publicados por quien tiene sobrados títulos personales para escribir con autoridad sobre la *noviolencia*. (Permítaseme utilizar esta palabra, ajena al genio del idioma español, que nunca utiliza el vocablo *no* como prefijo de negación, y aceptemos este neologismo importado de otras lenguas, aunque sólo sea esta ocasión y en atención al deseo expresado por el autor en la discutible “Nota semántica” que abre el segundo de los libros comentados). Resulta estimulante ver esta nueva andanada de libros preparados por una de las figuras más señeras del pensamiento noviolento español.

El primero de ambos es una nueva edición de un texto que ya se convirtió en un clásico a comienzos de la transición política española, titulado *La noviolencia, arma política*, Nova Terra, Barcelona 1976. Recordemos que incluía textos significativos de Thoreau, Tolstoi, Gandhi, Gregg, Ramamurti, Muller, Ebert, Colbère y Frogner, recopilados, traducidos y presentados por el autor, con un “Epílogo español” propio de este último, escrito en 1973. Dos apéndices han sido añadidos en lo que podría considerarse una nueva edición. Sorprende, sin embargo, que Gonzalo Arias haya

decidido mantener intacta la introducción que escribió en 1972. Más de veinte años después, sigue diciendo: “Dudo que exista un libro, un conferenciante o un apologista capaz de *convertir* a la no-violencia a alguien”. ¿Por qué entonces este libro, reeditado tanto tiempo después? Resulta algo desconsolador que en dos decenios largos la noviolencia apenas pueda añadir nada nuevo a su escaso bagaje de éxitos prácticos. “Junto a los experimentos son necesarios libros”, dice Gonzalo Arias para justificar el libro que publicó en 1972. Pero ¿no sería mejor argumento el poder constatar que, desde entonces hasta ahora, el número de experimentos positivos de la noviolencia hubiera aumentado significativamente? Si, según el autor, “hace falta una mística cuasi religiosa” para poder adherirse a la noviolencia, el futuro de ésta parece bastante problemático.

A demostrar que ésto no es así tiende el segundo de los libros reseñados, donde Gonzalo Arias comenta diversos textos de muy variados autores y reproduce varios trabajos suyos presentados en distintas ocasiones, para concluir con su original propuesta de una “Ley de Opción por la Paz”. Antecedente de este libro es también otro publicado por Gonzalo Arias, en Nova Terra, Barcelona, 1977, titulado *¿Defensa armada o defensa popular no-violenta?*, interesante recopilación de textos sobre la noviolencia, que leímos con gran atención quienes por aquellos tiempos buscábamos también, desde otras perspectivas, algo que permitiera salir del círculo infernal de la disuasión nuclear y el enfrentamiento armado entre los bloques, y acercar la defensa

Resulta algo desconsolador que en dos decenios largos la noviolencia apenas pueda añadir nada nuevo a su escaso bagaje de éxitos prácticos.

*Mediterráneo
no gira
alrededor de
Europa
aunque lo
parezca.*

militar a la sociedad que de ella se servía. Pues bien, los textos recopilados en *El ejército incruento de mañana* proporcionan abundantes y muy variados motivos de reflexión y generan un no menor número de cuestiones sobre las que la polémica resulta inevitable. Esto sería ya una razón más que suficiente para recomendar su lectura a todos los que se preocupan por la paz. Parece apropiado que sea la valiente editorial madrileña Nueva Utopía, abierta a todos los vientos y sensible a todas las inquietudes, la que haya hecho posible que pueda ver la luz esta colección de texto que, en muchos casos, traspasan incluso el límite de la utopía. Pero la utopía es necesaria, al menos como medio de establecer una meta lejana hacia la que dirigir nuestros pasos. Gonzalo Arias y Nueva Utopía se han esforzado una vez más porque así pueda ser.

Alberto Piris
CIP

SAMI NAÏR
Mediterráneo hoy. Entre el diálogo y el rechazo

Icaria/Antrazit.
Barcelona. 1995

Un mérito de la Conferencia Euromediterránea de Barcelona es haber propiciado numerosos estudios sobre el tema mediterráneo, incluso euromediterráneo. Este último término tiene el interés de poner al descubierto una doble realidad: el sesgo eurocéntrico de la

asociación mediterránea recién estrenada y la intención de disolución de lo árabe en lo mediterráneo. Pero no siempre aparece tan explícito el lugar desde el que hablamos, ni los presupuestos de los que partimos cuando hablamos, desde el Norte, de la ribera sur, aunque un punto queda claro: leemos la realidad del otro, pero solemos desconocer cómo éste la lee. El libro de Sami Naïr tiene el efecto saludable de descentrar al lector europeo, mostrándole cómo el Mediterráneo no gira alrededor de Europa aunque lo parezca y pese a la asimetría en las relaciones de poder entre ambas orillas.

Tanto como las percepciones mutuas, Sami Naïr descubre las cegueras recíprocas. Las describe y las interpreta en los puntos fundamentales, en los entrecruzamientos donde estuvo y está en juego la verdad de cada uno, revelada en el uso real de los valores proclamados de una y otra parte. Hay en el libro, en lo que lo sostiene, una voz que hace de puente, anclada en cada orilla y que ha trabajado las contradicciones de asumir ambas. Por eso nos lleva a lo esencial. Y porque el deseo del escritor —explícito en el prefacio— es lograr conquistar “si no la aprobación, al menos el interés por una causa, la del encuentro entre las dos orillas, digna de los que en ellas viven”.

Los obstáculos y las resistencias a tal encuentro no sólo son fruto de una historia, son también rechazos actuales ante los cambios exigidos por una realidad insistente, pero a menudo mal interpretada en claves interesadas. *Mediterráneo hoy* no propone un nuevo utopismo mediterraneísta. Por el contrario, acota los límites reales, los puntos de fractura, cuyo

reconocimiento es condición sin la cual no habrá transformación posible de la realidad. La oscilación entre el diálogo y el rechazo, entre la civilización y la barbarie, ha marcado la historia de la región. El libro es un intento de evaluar dónde estamos situados hoy entre los dos polos y, sobre todo, hacia dónde vamos si no modificamos la realidad existente, las múltiples interrelaciones que nos unen y desunen en el Mediterráneo. El libro se compone de cinco capítulos. En el último, el autor se arriesga a proponer una perspectiva de futuro, abierta gracias a los análisis anteriores; los cuatro primeros capítulos tratan los grandes temas generales más debatidos hoy: el tema cultural, el económico, el religioso y el político. Cada análisis, en una progresión dialéctica, despeja el terreno para el planteamiento siguiente. Esta progresión produce una ponderación de los factores tenidos en cuenta, de está manera, el análisis multifactorial (que por lo general, en sociología, es confuso bricolage) se transforma en una dinámica metodológica productora de sentidos: este libro transforma al lector, es decir, tiene el valor de llevarle a cuestionarse. A plantearse dudas fundamentales sobre quiénes somos nosotros, los europeos. “La figura del inmigrado sirve de contrapunto a la vez es pareja de la del orientalista”. Esta frase, que condensa la vista desde el Norte, une las historias –la pasada y la presente– de nuestras relaciones con el Sur, y marca uno de los límites de nuestra cultura: su

eurocentrismo. Las cegueras de ayer (entonces vividas como evidencias antropológicas) ¿en qué otras evidencias anidan hoy? Una de ellas es la unanimidad europea en el tema de la inmigración; el concepto de “umbral de tolerancia” –forjado *ad hoc* para dar buena conciencia a la intolerancia– conforma, junto con otros síntomas, nuestro discurso autorreferencial, en contradicción, por otra parte, con nuestros valores universalistas. El diagnóstico de Sami Naïr es severo respecto a Europa. Lo es más aún, si cabe, respecto al Sur, sometido –como los enfermos de neurosis traumática– a la repetición de los síntomas del otro. Los mecanismos de dominación del colono, su uso esquizofrénico de los valores, reaparecen en los nuevos dueños del Sur, su clase dirigente. Entre Europa y el Magreb en particular, y especialmente entre Francia y Argelia, existe un pasado común cuyas visiones son opuestas. La manipulación de la historia para seguir siendo el dominador en un caso, y para fines partidistas en otro, crea una falsa justificación del presente que no sólo deforma la realidad; también conforma el principal obstáculo a su transformación. Sami Naïr muestra cómo el lazo entre la historia y la política explica las visiones opuestas, y no una supuesta confrontación de civilizaciones, como afirmó Huntington.¹ La simpleza teórica y la debilidad analítica de su tesis atrae hoy a muchos sectarios.² Pero si nos obcecamos en no reconocer la realidad, crecerán los conflictos que como siempre

¹ Samuel Huntington, *The Clash of Civilizations*, Foreign Affairs, Summer 1993, Vol. 72, n°3.

² Ver una crítica de la tesis de Huntington en el artículo de Dan Smith, *¿Por qué han de chocar las civilizaciones?*, *Papeles* n° 52, 1994.

Reconocer la realidad, en el caso del Norte, sería tener conciencia de haber contraído una deuda histórica.

vendrán acompañados de su movilización ideológico/cultural. Reconocer la realidad, en el caso del Norte, sería tener conciencia de haber contraído una deuda histórica: con los valores en los que decimos creer y traicionamos en el pasado –como potencias coloniales– y con los pueblos que entonces fueron invadidos. Esta conciencia permitiría reconocer simultáneamente la injusticia de los intercambios económicos actuales, que el libre cambio no va a modificar y puede empeorar. Sin duda éste es un problema moral del Norte que tiene la grandeza de inventar los derechos humanos para todos y la bajeza de conservar los derechos sociales para pocos. En el Sur la historia es diferente, pero también es la de una traición a los movimientos de liberación nacional. El fundamentalismo cristaliza las reacciones a tal traición, es un rechazo de la realidad actual, mientras el Norte la niega. El libro de Sami Naïr es esencial para entender el fenómeno fundamentalista.³

Mediterráneo hoy no sólo analiza los obstáculos a las relaciones intermediarias, también pone de manifiesto cómo el juego de las potencias –la política norteamericana en la región– limita el papel europeo y árabe. Especialmente interesante es el apartado “El rapto de las conciencias” por su información sobre el paisaje audiovisual en Oriente Próximo y el sur del Mediterráneo, dominado por Gran Bretaña, Estados Unidos y Arabia Saudita. El *Mediterráneo*, advierte Sami Naïr, no se pertenece a sí mismo. El trabajo de clarificación realizado a lo largo del libro lleva

a unas conclusiones cuya lucidez permite concebir un proyecto que una lo posible con lo utópico: unos destinos entrelazados, forjadores de una civilización futura, a la altura de lo que, en algunos momentos de la historia, fue el *Mare Nostrum*.

En contraste, la Asociación Euromediterránea proyectada en Barcelona, presentada como novedad –como si de una promoción se tratase– parece responder poco a la complejidad de los problemas actuales y del futuro próximo analizados en *Mediterráneo hoy*. El liberalismo como pensamiento único impregna el proyecto europeo, manifestándose así la distancia entre las declaraciones de principios de sus promotores –crear una zona de paz y de prosperidad compartidas– y la realidad –la carencia de un proyecto político común para el desarrollo conjunto de toda la región–. La concepción de codesarrollo propuesta en el libro significa solidaridad regional y el liberalismo –anterior a la concepción del estado social de derecho– no contempla en sus supuestos la solidaridad. En realidad, la actitud europea parece más dirigida por una estrategia de defensa (con su dialéctica implícita de separación ellos/nosotros, confirmada por el rechazo a la libre circulación de los hombres) que por una visión de futuro. El libro de Sami Naïr proporciona al lector claros puntos de referencia para un seguimiento crítico de la política exterior de la Unión Europea con los países árabes, a la vez que abre grandes líneas de reflexión acerca de lo que revelan las

³ Ver también Juan Goytisolo, *Argelia en el vendaval*, El País/Aguilar, Madrid, 1994.

resistencias de las sociedades en mirarse en el otro. *Mediterráneo hoy*, con la luz que puede nacer de la identidad rota y reconstruida en el diálogo, donde la batalla contra los tópicos se transforma en trabajo civilizador, habla de una región y de todos nosotros.

Hélène Barnier
CIP

BICHARA KHADAR
Europa y el Mediterráneo.

Icaria

Barcelona, 1995, 151 páginas.

En la primera parte de este libro el autor recorre la historia política del binomio Europa-Mediterráneo en los últimos 30 años. Su intención es describir los distintos ejes políticos que han articulado la política europea respecto al Mediterráneo en las últimas tres décadas. Desde su perspectiva estos son seis:

- La política mediterránea de la CEE.
- Las iniciativas fuera de la CEE.
- El diálogo euro-árabe.
- La Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM).
- Las negociaciones sobre el Mediterráneo Occidental (5+5).
- Una CSCM interparlamentaria.

Para cada uno de los ejes, Khadar describe qué países son los protagonistas, qué cumbres o

conferencias establecen dicho eje y sus distintos contenidos, cuáles eran los objetivos y los momentos políticos, y hasta dónde se llegó. El autor habla de las oposiciones emergentes (normalmente un conjunto de países unidos por un mismo interés económico, político, o de recursos) que aparecen en cada proyecto y cómo éstas hacen que dicho proyecto fracase o simplemente se bloquee.

Para el autor de este trabajo la política europea, desde la denominada cooperación bilateral hasta la actual política de partenariado, se ha ido modificando, en particular por el progresivo interés en mirar hacia el flanco sur, pese a la necesidad europea de estabilizar Europa Oriental después de la Guerra Fría. Surge aquí la idea del eurocentrismo que es pieza clave para entender el comportamiento solidario de Europa hacia el Este, y el comportamiento potencialmente hostil hacia el Sur (en nombre de la seguridad), formándose de este modo una especie de barrera invisible que ha ido provocando un rencor en los países mediterráneos del Sur cada vez más extendido en la población. El proyecto de asociación euromediterránea es el resultado de este progresivo interés. Un proyecto que tiene más promesas que realidades por el momento, y muchas zonas oscuras.

El origen de la Asociación Euromediterránea está, siguiendo las palabras del autor: "en una serie de acontecimientos (caída del muro de Berlín, unificación alemana, guerra del Golfo, crisis argelina, islamismo militante...) que desembocan en un nuevo planteamiento de la política europea con los países del Este, en un momento en que el

A pesar de los enormes problemas que aparecen en el área mediterránea, quedan esperanzas para un posible desarrollo regional.

Mediterráneo sur-oriental se encontraba abandonado a sí mismo, víctima de las convulsiones internas y condenado a una marginación inquietante dentro de la economía mundial”.

El desarrollo desigual que aparece entre las dos orillas del Mediterráneo tiene, a su juicio, causas internas y externas. Y como una de las causas externas aparece indiscutiblemente la postura adoptada por Europa frente a estos países. Europa ha protegido injustificadamente sus mercados por una política fundada sobre intereses a corto plazo y, de este modo, ha contribuido negativamente al desarrollo de los países de la ribera del sur mediterráneo. Como zona oscura del proyecto propuesto por Europa destaca las pérdidas inmediatas que van a sufrir los países del Sur si se lleva a cabo el proyecto de creación de una zona de libre comercio, y el escaso beneficio, que además resulta ser condicional. Como temas importantes dentro del proyecto de asociación y libre comercio en el Mediterráneo, el autor señala:

- la disimetría en la exigencia de apertura comercial;
- la ayuda, inversión y transferencia de emigrantes;
- el problema de la deuda;
- el contraste demográfico;
- los impactos sociales de las políticas de ajuste estructural;
- las migraciones;
- y la dimensión cultural en el Mediterráneo.

Dentro de este análisis constructivo, pero al mismo tiempo muy crítico, que Khadar realiza sobre el proyecto de Asociación Euromediterránea, resaltan cinco factores básicos o sugerencias para conseguir un proyecto exitoso:

1. El proyecto debe ir acompañado de mecanismos de compensación de los efectos de polarización (la UE ha inyectado enormes sumas de dinero para nivelar la posición de algunos países europeos, como España, Portugal y Grecia).
 2. Favorecer la aportación de capitales exteriores.
 3. Ayudar a los Estados a que hagan atractivo el espacio económico con políticas de acompañamiento que afecten a la vez a la formación de la mano de obra y a las infraestructuras institucionales, administrativas, de comunicación y de transporte.
 4. Prever mecanismos que permitan a los PTM (países terceros mediterráneos) promover actividades que tengan beneficios duraderos en un marco flexible.
 5. Promover una integración horizontal (regional), sin la cual una zona de libre comercio no tiene sentido.
- Puesto que los documentos de la Comisión referentes a la Asociación Euromediterránea se sitúan junto al credo libre cambista, los cinco factores señalados deberían ser tenidos seriamente en consideración. Así se conseguiría un nivel más equilibrado entre las dos orillas del mar Mediterráneo. Europa debe ser consciente de la importancia de esta zona, no únicamente por motivos de seguridad, sino por cuestiones de desarrollo y cooperación, que inevitablemente deberían presentarse como los retos de una política exterior europea que pretendiera ser exitosa.
- A pesar de los enormes problemas que aparecen en el área mediterránea, quedan esperanzas para un posible desarrollo regional de dicha zona, pero ésto requiere un gran esfuerzo por parte de los países

árabes por renovar sus estructuras económicas y políticas (se incluye aquí la revisión del papel del Estado) y también de una ayuda financiera, económica y política de la UE hacia estos países.

Celia Ros
CIP

FATIMA MERNISSI
El poder olvidado. Las mujeres ante un Islam en cambio

Icaria, Colección Antrazyt, Barcelona, 1995, 203 páginas.

Durante su intervención en el Foro Euromed celebrado en Barcelona (29-30 noviembre de 1995) Fátima Mernissi rompió los esquemas. La suya fue una intervención iconoclasta de los modos habituales en este tipo de encuentros. Su discurso no era lineal y estaba salpicado de referencias cotidianas variopintas, de metáforas y comparaciones inéditas. Fue la única ponente que habló del amor en una intervención centrada en el problema migratorio. Mientras hablaba se le cayó uno de los largos pendientes con los que se adornaba. Sin perder el ritmo se agachó, recogió el pendiente y se lo puso con toda naturalidad. Cuando inició la lectura de su libro se disiparon las nebulosas. Habló entonces como escribe. Su

verbo está racheado de vida. Aparentemente este libro de Fátima Mernissi se ocupa de la mujer en un contexto determinado del Islam. Sin embargo, los derroteros por los que camina su discurso son mucho más amplios. La idea de democracia y su vinculación a las reivindicaciones femeninas, que la autora analiza en la cultura y en el entramado sociopolítico islamista, desbordan el puro marco feminista.

De otra parte, el recorrido a través de los textos históricos que se ve obligada a hacer y la forma en que lo hace, desvelan un mundo, una cultura, unas tramas ideológicas desconocidas para Occidente, incluso para el más cercano, el Mediterráneo. Los árabes de cultura musulmana son unos vecinos ignorados con los que queremos relacionarnos, pero antes deberemos entender las claves de su pensamiento. Fátima Mernissi nos introduce en ellas y de paso nos hace reflexionar sobre los intereses, sobre las intenciones, sobre las estrategias económico-políticas que los países occidentales, particularmente Europa, esconden bajo los proclamados objetivos de acercamiento y ayuda al desarrollo de los vecinos del Sur.

Un mosaico de artículos, constituidos en capítulos del libro, que tiene como hilo conductor el tema de la mujer, nos van introduciendo en la situación, las vivencias, los problemas que las mujeres musulmanas enfrentan día a día. Inevitablemente la sociedad entera aparece reflejada porque la mujer es un referente o, si se quiere, un espejo de lo que en esos países ocurre.

Los artículos/capítulos corresponden a fechas situadas

La democratización de las sociedades y la lucha de las mujeres por su emancipación son una misma cosa.

entre 1982 y 1992, lo que permite seguir la trayectoria de la sociedad musulmana y del pensamiento feminista en la última década, que precisamente se corresponde con una vuelta atrás de las conquistas alcanzadas por las mujeres. “En los años 80, dice, obligada a ponerse el velo, la mitad femenina de la población se hizo invisible como por arte de magia, volvió a la escena doméstica y dejó de participar en la vida pública. Fue una manera de advertir a las mujeres que no había lugar para ellas en la esfera pública”. “Acepta y cállate”, es el mandato para las mujeres. No es que a los hombres les esté permitido expresarse, pero al menos ellos no ven su inferioridad sacralizada y pregonada como constituyente de la identidad y la especificidad”.

Las mujeres occidentales y particularmente las europeas, más aún las españolas, pueden encontrar en este libro no ya la satisfacción del conocimiento de una cultura que hasta ahora era opaca (satisfacción que evidentemente compartirán con los hombres que salven los prejuicios y se acerquen a “el poder olvidado” con una curiosidad limpia de añadidos), sino que encontrarán muchas reminiscencias de su titánica lucha por romper los límites que una situación histórica no igual, ni siquiera similar, pero sí con elementos comunes, les llevó hace ¿50 años? a interrogarse sobre su papel en la sociedad y a buscar fórmulas de cambio. Así podría interpretarse el espacio de poder que constituyó, y aún constituye, para muchas de nuestras mujeres, el hogar, la sexualidad, la reproducción. Es el espacio de poder que se le permite, en el que se les encierra

y que ellas aprovechan imponiendo exclusivismos sin darse cuenta de la trampa que este comportamiento entraña. Lo destacado de la postura de esta autora, y con ella de millones de mujeres pertenecientes al mundo árabe (postura patente en las últimas Conferencias Mundiales de El Caíro y Pekín), es el intento de buscar fórmulas de salida a partir de su propia cultura. ¿Es posible salvar las contradicciones que para las miradas occidentales resultan patentes entre las coordenadas socio-culturales del mundo islámico y los planteamientos de emancipación femenina que también las mujeres de este mundo se plantean día a día con mayor o peor fortuna? Fátima Mernissi se remonta a la tradición coránica para lograrlo. No hay oposición, dice, entre los textos primitivos y las tesis del feminismo. Es más, los hechos históricos destacan la intervención femenina en la vida pública con unos roles absolutamente distintos a los posteriormente atribuidos e impuestos a las mujeres árabes y que se han simbolizado en el velo (la cortina, nos puntuliza ella) que tiene por misión no velar lo que el pudor aconseja, sino separar al 50% de la población haciendo imposible su participación en la vida pública y limitando así las posibilidades democráticas. “El argumento histórico es más importante que nunca para defender los derechos de la mujer en las teocracias musulmanas”. La autora, como otras muchas feministas actuales, se sale del victimismo que durante bastante tiempo ha caracterizado el discurso de algunas de ellas y lo ha situado en la esfera política. La democratización de las

sociedades y la lucha de las mujeres por su emancipación son una misma cosa, un único movimiento. La lucha que propone y abanderada no es tanto una lucha mujer hombre cuanto una lucha pueblo gobiernos déspotas. “Bien mirado, el velo y el terror tienen mucho en común: son dos fenómenos que se producen en lugares donde la libre expresión es censurada cruelmente, donde los políticos han optado deliberadamente por bloquear el proceso democrático para asegurar su propia supervivencia”.

No le basta, pues, a la autora con recurrir a la tradición para recobrar el ámbito público como campo de actuación de la mujer, necesita también plantearse el concepto mismo de democracia, uno de los debates de más hondo calado en los países árabes por cuanto no pueden, sin más, importar las formas democráticas de Occidente, en parte desprestigiadas y sobre todo difícilmente casables con la cultura socio-política-religiosa imperante y con la situación económica que atraviesan. Democracia implica individualismo, que es un elemento extraño al profundo sentimiento de colectivo del Islam. Una de las heridas más dolorosas que consumen las energías creativas de los árabes –sus posibilidades de cambio– es la relación con el pasado, la utilización y el consumo del mismo, dice rotunda. Y en las reflexiones acerca del lugar de las mujeres en la memoria política musulmana plantea las contradicciones entre la tradición islámica tal como se predica hoy por algunas tendencias, justificadoras de desigualdades y la legitimidad de la democracia en los Estados musulmanes

actuales, que han suscrito la Declaración Universal de los Derechos Humanos pero que, de hecho, excluyen de ellos a los mujeres, al menos en toda su integridad. Tal vez haya que destacar que toda tradición es una construcción política, un recorte minucioso de una “memoria” que refuerza los intereses del que habla.

Dentro de este discurso general destacar una perla singular: el canto a la escritura como medio de liberación que propone a todos y que interpreto como un espacio de libertad que Fátima Mernissi aprovecha y utiliza. “Escribir dice es una extraordinaria posibilidad para alguien que está aislado, despreciado y excluido del poder de decisión. Escribir es como microscópica oportunidad de expresarse. Escribir es una confesión de impotencia, pero forrada, reforzada y apuntalada por una increíble generosidad y una maravillosa fe en la humanidad y su grandeza. Escribir es una de las formas más arcaicas de plegaria: es creer que la comunicación es posible. Ella dice que, en parte, esa es la historia del libro, compilación que nos ofrece, y que es la historia de ella misma. Valiente y apasionada autora para quien “toda gran civilización como el Islam, en decadencia desde hace siglos y que desea hoy recuperar su puesto en el concierto de las naciones, es imprescindible someter su memoria al análisis, descifrarla para poder superarla, trascenderla, utilizarla como una fuerza que la impulsa hacia adelante”.

Angeles Córdoba
Instituto de Estudios
Transnacionales
(INET)

**FEDERACION
INTERNACIONAL DE
SOCIEDADES DE LA
CRUZ ROJA Y DE LA
MEDIA LUNA ROJA
Informe Mundial sobre
Desastres 1995**

Costa Rica, 1995, 167
páginas.

Se desarrollan actualmente en el mundo alrededor de 50 conflictos armados de diversa intensidad. Prácticamente todos ocurren dentro de estados desestructurados y fragmentados, con instituciones casi inexistentes, y con sus sistemas económicos en colapso. La comunidad internacional se enfrenta a estos conflictos de diversas formas. Naciones Unidas y diversas organizaciones regionales tratan muchas veces de mediar y promover negociaciones. Algunos estados reaccionan aportando iniciativas diplomáticas, efectivos para operaciones de paz, y fondos para ayuda humanitaria. Los medios de prensa siguen estos conflictos con mayor o menor interés, y las organizaciones no gubernamentales intentan llevar asistir a las víctimas y hacer que los efectos de las guerras sean lo menos duros posible para las víctimas.

La Cruz Roja es, posiblemente, la mayor ONG del mundo y con la mayor tradición de asistencia no sólo en situaciones bélicas sino de desastres –por ejemplo naturales– en general. La Federación Internacional de Sociedades, las Sociedades Nacional y el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) constituyen el

Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja. Se estima que para el año 2000 el número de personas afectadas anualmente por desastres oscilará entre los 300 y 500 millones.

Al igual que otras organizaciones humanitarias, los nuevos conflictos plantean a Cruz Roja serios desafíos. No es sencillo actuar cuando los contrincantes no están claramente definidos, o cuando las razones por las que se lucha están muchas veces encubiertas bajo legitimaciones étnicas, nacionales o religiosas. Más aún, es difícil mantener la neutralidad cuando un régimen reprime a sus ciudadanos. Igualmente, surgen serios dilemas sobre si se debe o no llevar ayuda humanitaria a regiones que están controladas bien sea por regímenes autoritarios o por facciones reconocidas por sus violaciones de los derechos humanos.

En su informe anual sobre desastres, la Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja (que agrupa a 163 sociedades nacionales) se ocupa ampliamente de este tipo de dilemas. “En situaciones conflictivas, dice, las ONG disponen de tres opciones básicas: permanecer lejos de la línea del fuego, trabajar en la línea del fuego pero ignorando el contexto del conflicto o entender ampliamente la dinámica política y militar de manera que se pueda actuar allí donde el socorro sea más efectivo”.

La pregunta que se refleja en este informe, elaborado en colaboración con el Centro de Investigaciones sobre Epidemiología de los Desastres (Universidad de Lovaina), es si se trabaja para promover cambios

fundamentales en la vida de las personas o, simplemente, para ofrecer servicios. Posiblemente la respuesta sea doble: es necesario realizar lo segundo, teniendo en consideración lo primero, pero sabiendo que atacar los problemas desde la raíz es una cuestión que supera ampliamente el trabajo humanitario. Porque si la pobreza, por ejemplo, es una de las raíces de los conflictos, ¿de qué forma pueden contrarrestarla estratégicamente las ONG de ayuda humanitaria? En este sentido, es complementaria la labor de las organizaciones que trabajan por modelos diferentes de desarrollo y que, a la vez, realizan trabajo de concienciación política en las sociedades más ricas, y las tareas de las humanitarias de reacción más inmediata.

Uno de los mayores desafíos para las ONGs, que se refleja en este libro, es el grado de implicación que asumen en los conflictos armados. Involucrarse es una cuestión de moral política, pero puede poner en riesgo a los agentes humanitarios y, a veces, a las mismas poblaciones a las que se pretende ayudar. En sus principios fundamentales el Movimiento de la Cruz Roja indica la necesidad de abstenerse de tomar parte en las hostilidades y, en todo tiempo, en las controversias de orden político, racial, religioso o ideológico, con el fin de conservar la confianza de todos. Pero la neutralidad tiene un precio: en Somalia, por ejemplo, a partir de 1991, el CICR tuvo que recurrir, por primera vez en la historia, a guardias y escoltas armados para garantizar su trabajo. Al igual que las ONGs en general, la Cruz Roja se plantea cómo actuar de forma innovadora en un medio internacional que oscila entre el intervencionismo militar

y no militar en sociedades en crisis y la inhibición y el desinterés hacia las víctimas. En este libro, de gran utilidad para el mundo de las ONGs, se analizan cuestiones como el efecto de las sanciones internacionales contra estados que, en realidad, terminan afectando (como es el caso actual de Irak) a las poblaciones antes que a los gobernantes dictatoriales, o las formas de alerta temprana que se podrían poner en práctica. Se presentan, asimismo, casos de estudio sobre diversos países y situaciones en crisis.

La mayor preocupación de parte de la sociedad global sobre las crisis humanitarias no va siempre acompañada por un compromiso más profundo de sus gobiernos. Hay, en general, cada vez menos recursos para las agencias humanitarias (y es por ello muy importante que la Unión Europea esté asumiendo un papel más destacado) como el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Esto agudiza el debate entre orientar los fondos hacia acciones humanitarias inmediatas o hacia programas de prevención de los conflictos y de reconstrucción de posguerra.

Este informe de Cruz Roja considera que se debe encontrar un equilibrio entre la anticipación y la reacción, entre los recursos externos y los internos, y entre la persuasión y la coerción. Y estas tareas, como dice el secretario general de la Federación, George Weber, se deben basar en la consistencia de la acción y en normas superiores, tanto éticas como profesionales. (Ver entrevista con Cornelio Sommaruga en este número).

Mariano Aguirre
CIP

Uno de los mayores desafíos para las ONGs es el grado de implicación.

GRAHAM USHER
Palestine in crisis. The struggle for peace and political independence after Oslo

Pluto Press, Londres, 1995, en asociación con el Transnational Institute (TNI) and Middle East Research & Information Project (MERIP), 146 páginas.

El eco mediático dado al apretón de manos entre Isaac Rabin y Yasser Arafat al rubricar la Declaración de Principios (DOP) sobre los Acuerdos Provisionales de Autogobierno para Cisjordania y Gaza (Washington, 13 de septiembre de 1993), la eufórica satisfacción de los gobiernos ante el paso dado, y la insistente repetición por los medios de comunicación del avance del proceso de paz han dado una visión deformada y simplificada de lo que supusieron esos acuerdos, ocultando e infravalorando sus zonas de sombra.

Ante el atasco de las negociaciones bilaterales que siguieron a la Conferencia de Madrid, la OLP, que se encontraba sin duda en el momento de mayor debilidad de su historia, se comprometió en un proceso dictado y tutelado por Israel. Se trataba de un acuerdo lleno de ambigüedades e indefiniciones por el que se concedía gradualmente una autonomía limitada a los palestinos hasta lograr a medio plazo el ejercicio de la autodeterminación sobre un territorio todavía no bien definido,

por el que Israel se deshacía del polvorín de Gaza, y por el que se relegaba a medio plazo la discusión de cuestiones claves y reivindicaciones históricas del movimiento nacional palestino (el retorno de los refugiados, el desmantelamiento de los asentamientos en las zonas ocupadas en 1967, la cuestión de Jerusalén, etc.).

La dirigencia de la OLP justificó tal paso arguyendo que había pasado ya la época del nacionalismo idealista y que se imponía el realismo político dado el contexto internacional favorable (entiéndase el interés de Estados Unidos en un nuevo orden regional), la crisis económica del movimiento nacional palestino y el agotamiento de la Intifada, y la posibilidad de un mal acuerdo pero el mejor factible en tal situación. La invocación al pragmatismo político encubría sin duda la aceptación tácita de la derrota.

Este acuerdo abrió una nueva fase en la historia del conflicto israelo-palestino. Todos los palestinos vieron pronto que la firma de la DOP fue un paso arriesgado, que modificó las condiciones existentes y creó nuevas contradicciones. Toda una serie de acontecimientos y problemas derivados directamente de las carencias y ambigüedades del acuerdo han venido demostrando en estos dos últimos años que todavía se está lejos de un paz justa y duradera, y de la definición de un marco estable de convivencia.

Este libro, resultado de una colaboración entre el Middle East Research and Information Project de Washington –que publica la muy interesante revista mensual *Merip Report*– y el Transnational Institute de Amsterdam, es un

excelente instrumento para entender estos últimos acontecimientos. Su autor, Graham Usher, es un periodista que ha vivido largo tiempo en Gaza y que tiene un conocimiento directo y cercano de la situación en los territorios palestinos, como lo ha demostrado en sus sugerentes crónicas publicadas asiduamente en *Middle East Report* y *Middle East International*.

Usher ofrece aquí una completa reconstrucción y un excelente análisis de las condiciones y circunstancias en los Territorios Ocupados y en el seno de la OLP que llevaron a la firma de la DOP, así como lo acontecido en los dos años posteriores. Lo más valioso del texto es el análisis integrado de las diferentes dimensiones –política, socioeconómica, cultural– de este proceso. Para ello recurre a los más diversos actores directos, recorriendo todo el abanico de posiciones políticas, siendo especialmente valiosa, rehuendo tópicos y simplificaciones, su interpretación del discurso y actuación de las organizaciones islamistas palestinas.

El valor de esta obra reside por ello en que se abordan cuestiones claves y no por ello generalmente recogidas por la prensa que sigue a diario la región: lo que ha implicado el sistema de negociaciones por fases, por el que Israel ha podido hacer primar, en todo momento, sus intereses de seguridad; cómo se ha establecido la Autoridad Nacional Palestina (ANP) y Arafat ha ido haciendo de ella el embrión de su proyecto de gobierno, y cómo la ANP se ha visto colocada contra su voluntad entre las exigencias israelíes y las demandas de la población palestina; las implicaciones del Protocolo de París sobre

relaciones económicas entre palestinos e Israel (abril 1994), que define un esquema de asociación dependiente y subordinada; la evolución en las posiciones y la diversidad en el seno del movimiento islamista Hamás; la heterogeneidad y las fracturas en el movimiento nacional palestino y en la propia organización mayoritaria Fatah; la crisis de legitimidad y de representatividad de la OLP; el papel de la voluminosa fuerza de policía palestina para acallar a los opositores o críticos a la ANP, etc.

Es especialmente interesante el análisis de la forma de gobierno, personalista y autoritaria de Arafat. Este ha optado, al crear ese protogobierno, por desplazar a los dirigentes del interior, fraguados en la Intifada y en la resistencia diaria frente al ocupante, en favor de una alianza de burócratas provenientes de Túnez y de los representantes de la élite tradicional terrateniente del interior. Arafat encarna hoy un neopatrimonialismo singular, por el cual utiliza los recursos financieros y políticos de la ANP para asegurarse lealtades y aglutinar una nueva coalición con sectores tradicionales (ver Rex Brynen: “The neopatrimonial dimension of palestinian politics”, *Journal of Palestine Studies*, 25:1, 1995, pp. 23-36). Toda esta dinámica ha marcado la vida política de los Territorios Ocupados y las áreas autónomas, potenciando el activismo de los islamistas, paralizando la oposición laica, favoreciendo la reaparición de prácticas clientelares en la política, haciendo volver con fuerza valores y pautas sociales tradicionales conservadoras. Hoy utilizar la palabra democracia se ha convertido en sinónimo de

Hoy utilizar la palabra democracia se ha convertido en sinónimo de crítica a la ANP.

crítica a la ANP.

Los acontecimientos más recientes han mostrado cómo estas ambigüedades y contradicciones implícitas en la DOP han ido aflorando. Se ha ido agudizando el clima de violencia, tanto en Israel -donde el asesinato del Primer Ministro Rabin ha sido el culmen de una espiral de envalentonamiento de los sectores más violentos del nacionalismo sionista- como entre los palestinos. En septiembre de 1995, con los Acuerdos de Taba (Oslo II) se acordó un redespiegue israelí y la ampliación del autogobierno a todas las comunidades palestinas de Cisjordania, dibujando un complejo mapa de islotes y zonas discontinuas, donde la ANP tiene diferentes grados de competencias, y cuya gestión va a ser sumamente compleja. Siguen varios miles de presos en las cárceles israelíes, que son utilizados como moneda de cambio para presionar a la ANP. En suma, persisten la ocupación, la diáspora y los asentamientos; sigue primando la seguridad de Israel sobre los legítimos derechos de los palestinos (recogidos, sin demasiado éxito, en un largo muestrario de resoluciones de las Naciones Unidas); continúa la resistencia aunque bajo nuevas condiciones; ha aumentado la violencia y está cristalizándose una entidad política palestina más cercana a los regímenes autoritarios árabes vecinos que al proyecto democrático y pluralista tantas veces aclamado desde la resistencia. No es precisamente lo que podríamos llamar un ambiente de paz.

El denso y muy sugerente texto de Usher se completa con referencias bibliográficas y un apartado de anejos con los textos de los

Acuerdos de Oslo y El Cairo, así como del Protocolo de París sobre relaciones económicas. Un libro que merecería ser traducido pronto al castellano.

Isaías Barreñada B.
CERI

ALTO COMISIONADO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LOS REFUGIADOS

**La situación de los
refugiados en el mundo. En
busca de soluciones**

Madrid, Alianza Editorial,
1995. 266 páginas

El último informe del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) aborda un problema tan antiguo como la humanidad, pero desde una óptica nueva. Como ocurre en otras situaciones propias de un sistema internacional en cambio constante, el problema ha ido muy por delante de las soluciones. Este libro fija, desde la posición de ACNUR, las estrategias para cambiar las opciones y las medidas a seguir. El problema es más grave que nunca y, para demostrarlo, basta una cifra ofrecida en el informe: el ACNUR proporciona protección y ayuda a 27,4 millones de personas en todo el mundo, de las cuales

14,5 son refugiados; de una forma u otra, ningún país queda al margen de la situación de refugiados y desplazados, por lo que ese problema ha adquirido una dimensión completamente internacional. Lo novedoso, a partir de ese hecho, es diseñar las estrategias para hacer frente a esa situación no como casos aislados que se van sumando, sino desde una dimensión global en la que estén inmersos otros problemas. En los últimos años, la situación de los refugiados ha sido noticia constante en los medios de comunicación, lo que, a su vez, ha originado que la opinión pública demandara que gobiernos y otros actores —en particular las organizaciones no gubernamentales— actuaran para solucionarlo. Lo que ocurre es que actuaciones espectaculares pero aisladas o la buena voluntad de muchos, pero que actúan con pocos medios, no han contribuido precisamente a dar soluciones efectivas sino, en el mejor de los casos, a aliviar ciertas situaciones. Como recoge el informe, “no se puede decir que estas innovaciones deriven de ninguna estrategia internacional claramente definida. Muchas de las iniciativas que se han tomado durante los últimos cinco años han sido de naturaleza experimental, formuladas apresuradamente para satisfacer necesidades urgentes e inesperadas. Inevitablemente, algunas han resultado más efectivas y equitativas que otras, mientras los enfoques que estaban ganando terreno hace sólo dos o tres años —la intervención de fuerzas militares bajo mandato de la ONU en zonas de guerra, por ejemplo— ya se están reconsiderando”. Frente a enfoques tradicionales o al aluvión de nuevas acciones puestas en práctica muchas veces para comprobar qué ocurre luego, el informe diseña

nuevos mecanismos de percepción del problema y nuevas estrategias para su solución.

Se parte del carácter transnacional de la cuestión de los refugiados y desplazados; al igual que los conflictos adquieren una nueva dimensión en el mundo de la pos Guerra Fría, también la situación de los refugiados ha pasado de ser un problema internacional, a ser una cuestión interna que deriva en internacional. Los refugiados ya no son sólo un problema nacional o local al que corresponden soluciones internacionales; son una cuestión internacional que requiere la actuación conjunta de quienes tienen responsabilidades en ella, incluidos, lógicamente, los propios refugiados.

Se analiza la complejidad del fenómeno desde el punto de vista material, por su relación e interdependencia con cuestiones como los derechos humanos, la paz, el comercio de armas, el desarrollo o el medio ambiente; también desde el punto de vista de los actores implicados, dado que intervienen, directa o indirectamente, gobiernos, grupos armados, organizaciones internacionales, ONGs, medios de comunicación, opinión pública, etc.

Hasta ahora, el móvil que impulsaba a actuar con los refugiados era el de la compasión. Como afirma Vicenç Fisas, la compasión es necesaria, pero sólo como principio de algo más firme y efectivo, la justicia y la acción política, las únicas herramientas para solucionar el problema. En muchos casos, como sucedió en Ruanda, los refugiados se convierten en una pieza más que determinados grupos mueven en favor de sus propios intereses y, en bastantes casos, la ayuda para los refugiados se acababa convirtiendo en fuente de ingresos para ellos. Se cuestionaba hasta qué punto era

La compasión es necesaria, pero sólo como principio de algo más firme y efectivo, la justicia y la acción política.

efectiva esa ayuda y en qué medida la labor de las agencias y organizaciones no debía estar garantizada por una fuerza internacional. La intervención humanitaria, que partía de supuestos legítimos, no ha supuesto tampoco la solución al problema; en ocasiones, como en Somalia, ha sucedido todo lo contrario.

Otra cuestión de especial importancia es la de la propia definición de los refugiados. Hasta ahora se empleaba un término restrictivo establecido por la Convención de las Naciones Unidas sobre los Refugiados, de 1951, que continúa en vigor, y que se basa en la persecución por razones de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a un grupo social determinado o a una opinión política, es decir, por razones políticas, lo que deja fuera a los millones de personas que escapan por otra persecución: la del hambre y la miseria. Desde ACNUR se tiene en cuenta, desde una visión más amplia, a los millones de personas que se ven obligadas a abandonar sus hogares como resultado del terror político, el conflicto armado y la violencia social. Lo que hace que las cifras sean todavía más alarmantes: “El número de personas que están bajo la responsabilidad del ACNUR ha aumentado sustancialmente en los últimos años: 17 millones en 1991, 23 millones en 1993 y más de 27 millones al principio de 1995. De este número, unos 14,5 millones son refugiados, personas que han cruzado una frontera internacional y a las que se les ha garantizado asilo en otro Estado. El ACNUR también es responsable de unos 5,4 millones de personas desplazadas internamente —aquellas que han huido por razones similares a las de los refugiados pero que no han cruzado a otro país— así como de 4 millones de antiguos refugiados

que ahora han regresado a su patria. Además, hay aproximadamente 3,5 millones de personas fuera de su país que no han sido reconocidas como refugiados, pero que se considera que son de la incumbencia del ACNUR”. Lo trágico es la tendencia a que esas cifras aumenten.

¿Cómo es que, acabada la Guerra Fría, el problema de los refugiados lejos de disminuir aumenta? La respuesta la da el informe, al constatar la verdadera naturaleza del problema y su vinculación no sólo a cuestiones estrictamente políticas, como se ha definido tradicionalmente. El propio enunciado de los capítulos nos ayuda a comprender su verdadera dimensión: “Enfoques cambiantes del problema de los refugiados”, “La protección de los derechos humanos”, “El mantenimiento de la paz”, “Promover el desarrollo”, “Administrar la migración”, estando las conclusiones dedicadas a “Invertir en el futuro”. Desde esa percepción se subraya la gravedad del problema, pero también la existencia de oportunidades para solucionarlo. Se parte de una premisa básica: el derecho de las personas a permanecer con seguridad en su propio país depende esencialmente del desarrollo en el más amplio sentido de la palabra. No simplemente el desarrollo que se puede medir en términos de crecimiento económico, sino la clase de desarrollo que permite a las personas materializar su potencial humano, conservar el respeto de sí mismas, disfrutar de seguridad personal, satisfacer sus necesidades materiales, participar en las decisiones que afectan a su vida y ser gobernadas de manera justa, bajo el imperio de la ley. La estrategia diseñada por ACNUR a partir de ese hecho se basa en la preparación (respuesta rápida y eficaz a nuevas

emergencias de refugiados), prevención (prestación de protección y asistencia en formas que ayuden a evitar o limitar los desplazamientos) y soluciones (esfuerzo concertado para encontrar medidas duraderas).

Sin embargo, esas oportunidades chocan con una realidad que a veces va por caminos distintos a los de las soluciones propuestas. Como señala el último Informe del Worldwatch Institute (*La situación del mundo 1995*), “mientras los gastos impulsados por las crisis aumentan necesariamente, los esfuerzos encaminados a atacar las causas subyacentes de la huida están descendiendo. La ayuda oficial para el desarrollo de los 25 países más ricos del mundo se redujo en un 8% en 1993. En 1994, las Naciones Unidas tenían previsto gastar al menos 1.000 millones de dólares más en los refugiados y en el mantenimiento de la paz que en el desarrollo económico. El presupuesto del Programa de Desarrollo (PNUD) no es hoy mucho mayor que el del ACNUR. No deja de ser una ironía el hecho de que la ayuda de emergencia esté sustrayendo fondos necesarios para impedir emergencias futuras”.

Incluso los “afortunados” que consiguen llegar a un país rico tampoco lo tienen fácil, dada la actual tendencia a atrincherarse y a restringir legalmente el asilo y el refugio, por no hablar de la intolerancia de una buena parte de la sociedad que descarga en los otros parte de sus males.

Otra cuestión pendiente es la falta de una definición y de una acción conjunta sobre qué hacer y qué medidas tomar. Los desastres y las emergencias se convierten a veces en pruebas para ver quién llega antes y quién sale primero en la foto. La coordinación puede hacer que una ayuda más pequeña

pueda ser mucho más eficaz que muchas ayudas aisladas. La cumbre sobre ayuda humanitaria promovida por la comisaria Emma Bonino —celebrada a mediados de diciembre pasado en Madrid—, sirvió para demostrar la buena voluntad y la solidaridad de los asistentes, pero también para comprobar que en sus manos no están las soluciones.

En definitiva, el informe deja el sabor agríndice de comprobar la gravedad de la cuestión de los refugiados y desplazados; los retos a los que se enfrenta, entre otros, el ACNUR; la existencia de soluciones propuestas por quienes conocen directamente la complejidad del problema; y la falta de voluntad política por parte de quienes, estando más alejados de él, tienen la mayor responsabilidad en su solución.

José Angel Sotillo

Instituto Universitario de
Desarrollo y Cooperación
(IUDECO)

SIMON STRONG

Whitewash: Pablo Escobar and the Cocaine Wars.

Macmillan, Londres, 1995.

A pesar de todo y de todos, Pablo Escobar fue enterrado como un héroe. Entendámonos: murió en su ley, empuñando un arma y luchando contra fuerzas abrumadoramente superiores; más aún, la causa inmediata de su muerte fue la defensa

*Los desastres
y las
emergencias
se convierten
a veces en
pruebas para
ver quién
llega antes y
quién sale
primero en la
foto.*

El enfrentamiento de Escobar y el Cartel de Medellín con el Estado consiguió opacar otra guerra civil, la de las guerrillas marxistas.

desinteresada de su familia. Estos detalles –más que la construcción de barrios enteros para los miserables, o estadios de fútbol para los niños de la calle– inspiraron a los miles de personas, gran parte de ellas jóvenes, que acompañaron su entierro hace dos años, en diciembre de 1993. El último colombiano que hizo vibrar esas cuerdas del *lumpen* de su país fue Jorge Eliécer Gaitán, un líder populista del Partido Liberal cuyo asesinato, el 9 de abril de 1948, detonó el motín conocido como el *bogotazo*, dando inicio al virtual genocidio (200.000 muertos) denominado “la violencia”, que segó dos generaciones.

La perversidad de la comparación es sólo aparente. La figura de Gaitán, cuya decencia e idealismo son hoy reconocidos hasta por los conservadores (que probablemente fueron sus verdugos), está por encima de toda sospecha, pese a su tendencia a la demagogia. Pero en el marco de la historia colombiana Gaitán y su muerte simbolizan el vínculo inextricable entre la violencia y la política en ese país. El hecho es que Pablo Escobar –un criminal profesional que se jactaba de serlo– tuvo aspiraciones y consecuencias políticas basadas en su carisma y una auténtica popularidad local. Eso indica que el crimen, en Colombia como en Italia (Leonardo Sciascia *dixit*), puede ser considerado como una extensión natural de la violencia y la política. El poeta y ensayista alemán Hans Magnus Enzensberger, autor de *Política y delito* (1964), sugiere que hay organizaciones criminales que parodian la situación político-social, y viceversa. Otro libro, recién publicado en Inglaterra (*Whitewash: Pablo Escobar and the Cocaine Wars*, de Simon

Strong), documenta de manera exhaustiva que Colombia es la ilustración perfecta de esa tesis. Desde este ángulo, la «carrera política» formal de Escobar, que fue diputado suplente un par de meses, no pasa de una diablura o malentendido sin importancia. Son las connotaciones políticas de su carrera criminal –las relaciones de Escobar con el Estado, con un saldo que algunos estiman en 28.000 muertos– las que son verdaderamente elocuentes. El incidente más revelador ocurre cuando el entonces presidente Virgilio Barco declara, en agosto de 1989, una guerra total al narcotráfico. Inesperadamente, increíblemente, Escobar y el Cartel de Medellín desconocen la banalidad del lugar común retórico presidencial y aceptan la guerra. Nacía el narcoterrorismo: a la ofensiva del Gobierno –allanamientos, confiscación de propiedades, cuentas bancarias bloqueadas– los narcotraficantes responden con coches-bomba y matanzas indiscriminadas, amén del asesinato de policías, jueces, fiscales, periodistas, ministros y candidatos presidenciales. En un país cuya historia es una larga serie de guerras civiles, el enfrentamiento de Escobar y el Cartel de Medellín con el Estado consiguió opacar otra guerra civil, la de las guerrillas marxistas. Es verdad que se atribuye la formación de lo que llegaría a ser el Cartel de Medellín a una maniobra de defensa conjunta de los narcotraficantes cuando los guerrilleros del M-19 secuestraron a una hermana del *capo* Jorge Luis Ochoa; pero el oro de Moscú, además de fantasmagórico, era poca cosa comparado con los 4.000 millones de dólares anuales que significaba el contrabando de drogas. El hecho es que Escobar se sentía lo

suficientemente fuerte como para medirse con el Estado colombiano de igual a igual.

Eso podría ser interpretado como delirios de grandeza de un pobre diablo deslumbrado por una fortuna y un poder local de vida o muerte tan repentinos como colosales. Después de todo, Al Capone –uno de cuyos automóviles hacía parte de la colección de coches raros de Escobar– decía que, bandido por bandido, Napoleón había sido el más grande de la historia y que él lo superaría. Y el propio Escobar tenía entre sus héroes a Emiliano Zapata y Fidel Castro. Sin embargo, lo extraordinario, y significativo, de esta actitud es que el Estado colombiano comenzó a tratar a Escobar, en términos concretos, como a un igual.

A primera vista parece una simple payasada que el narcotraficante tuviese la insolencia de exigir, como condición para entregarse (además de privilegios y lujos en una cárcel hecha a medida), guardias de las Naciones Unidas que garantizaran su seguridad, o que en 1990 haya tratado de usar misiles para matar al presidente y su gabinete, y dar un golpe. Pero el Estado colombiano le había dado, de hecho, todas las señales necesarias para confirmar la sensación de legitimidad que Escobar tenía. Si las cosas hubiesen funcionado como él esperaba, y con razón, Escobar y sus secuaces podrían haberse reintegrado en la sociedad colombiana para gozar de sus enormes fortunas con no menos dignidad que los viejos caudillos cuyos descendientes forman hoy parte de la oligarquía, o los antiguos guerrilleros de izquierda (que alguna vez quedaron pringados de droga), hoy en día

miembros honorables de la clase política.

Dicho sea de paso, el Estado colombiano hizo concesiones a Escobar y a otros narcotraficantes que jamás había hecho a la guerrilla y que ésta nunca tuvo la desfachatez de exigir. El presidente César Gaviria mudó diametralmente la política oficial al declarar en 1990 un armisticio en la guerra contra el narcotráfico. Su “política de sumisión”, diseñada mientras Escobar negociaba con la Justicia, ofrecía penas breves y suaves a los traficantes que se entregaran. Lo que era bueno para los otros no fue suficiente para Escobar y sus abogados sugirieron modificaciones que fueron adoptadas en la redacción final de la legislación. Más aún, la Constitución de 1991 sufrió enmiendas virtualmente dictadas por Escobar, que obtuvo la derogación de la potestad del Estado para extraditar colombianos con cuentas pendientes en el exterior. Todo indica que los padres de la Patria vibraron, junto con el pueblo, con la declaración de fe nacionalista de Escobar: “Antes una tumba colombiana que una cárcel en Estados Unidos”.

Es verdad que los constituyentes, como el resto de los poderes del Estado, estaban cediendo a la persuasión del terror. Pero ésta no era la única alternativa ofrecida por Escobar, que permitía escoger entre “plata o plomo”. La cantidad de políticos y autoridades que prefirieron la primera opción es difícil de cuantificar. Pero el *Sunday Times* de Londres, citando una agencia de inteligencia extranjera que confrontó en una computadora los nombres de parlamentarios colombianos con sus listas de personas vinculadas con el

Los problemas del actual presidente Ernesto Samper muestran que, directa o indirectamente, las conexiones entre política y drogas son complejas e inesperadas.

narco tráfico, llegó a la conclusión de que más del 25 % de los parlamentarios era comprobablemente sospechoso. Para la agencia, la cifra real probablemente supera el 50 %. Los problemas del actual presidente Ernesto Samper muestran que, directa o indirectamente, las conexiones entre política y drogas son complejas e inesperadas. El libro de Simon Strong rastrea esos vínculos a lo largo de dos décadas y varios presidentes, tanto liberales como conservadores. El resto del aparato estatal parece haber sido igualmente corrompido. La fuga de Escobar, en 1992, de la suntuosa cárcel desde donde continuaba dirigiendo sus actividades delictivas, y donde era tratado con la deferencia de un comandante militar derrotado, fue también sintomática. Todo indica que recibió información del Ministerio del Interior de que el Gobierno planeaba transferirlo a una penitenciaría más severa; y en general y la tropa que lo custodiaban estaban a su servicio. Se explica, entonces, la actitud de Escobar. Tenía todo el derecho de sentirse no sólo el igual de las autoridades, sino incluso su superior: muchas de ellas eran sus empleados. La República de Colombia, como todos los países del mundo, está compuesta de una inmensa mayoría de ciudadanos honestos y decentes. El hecho de que alguien como Escobar pudiese siquiera imaginar que la sociedad colombiana acogiese –incluso en lugar destacado y honroso– a un criminal anegado en sangre puede ser, nuevamente, atribuido a una personalidad torcida. Pero el respeto y admiración genuinos que, por buenas o malas razones, parte del pueblo tenía por él en su

región nativa (Colombia sufre de un regionalismo muy acentuado), es un fenómeno que por lo raro merece una explicación.

Vale la pena para eso examinar las declaraciones hechas después de la muerte de Escobar por el entonces presidente Gaviria, en una entrevista publicada en *El Espectador* de Bogotá. En ella Gaviria menciona “la permisividad” de la sociedad colombiana que “permitió a la organización criminal de Escobar adquirir el inmenso poder que adquirió”. El presidente también señala como hecho “concreto y real” que antes de su “política de sumisión” el Estado colombiano “nunca consiguió capturar o encarcelar a ningún narcotraficante”.

Muy bien. Pero ocurre que la sociedad colombiana es justamente considerada no como una de las más permisivas de América Latina, sino como una de las más conservadoras. Profundamente católica y tradicionalista, la sociedad colombiana no puede ser acusada de la permisividad y tolerancia necesarias para admitir o legitimar la criminalidad más brutal y flagrante. Sería más realista atribuir esa responsabilidad a la élite gobernante –tanto liberal como conservadora– que, instalada en el aparato estatal, permitió y toleró el crecimiento del crimen organizado. Y que sólo comenzó a encarcelar, en prisiones de lujo, a criminales que no eran capturados, sino que se entregaron cuando se les dio garantías de que, después de penas meramente simbólicas, podrían seguir gozando de las fortunas cebadas en el crimen.

Esto tal vez explique, a un primer nivel de simplificación, el entierro de héroe popular de Pablo

Escobar. No fue la sociedad colombiana, sino un sector minoritario de la sociedad del país cuyo “negocio” tradicional es el control del Estado el que se estaba enfrentando con otro sector minoritario, cuyos “negocios” son forzosamente marginales. El primer sector demostró admirable “permisividad y tolerancia”, mientras el segundo hacía un trabajo sucio y pagaba tributo por el privilegio. Pero el negocio de las drogas es demasiado grande, es el mayor del mundo. A partir de cierto momento –ebrio con la riqueza y el poder efectivo– el segundo sector creyóse autorizado a pensar que también tenía derecho a sentarse a la mesa del banquete oficial, y hasta presidirlo.

Es esta extraordinaria e inédita insolencia –como anteriormente, de manera más trivial, la de presentarse en el Congreso sin corbata– la que conquistó los corazones del lumpen de Medellín y del resto del país. Como Al Capone, y por mejores razones, Escobar podía adoptar la pose de benefactor del pueblo y hasta creérsela a medias. Pero el elemento de parodia burda de los dueños del poder que la figura de Escobar ofrecía, guiñándole un ojo a los humillados y ofendidos, quizá sea la clave de su paradójico carisma a contrapelo. Aunque taimado, Escobar era, a pesar de los pesares, un primario. Pena que no haya sido sirviente en su juventud; se comía vivos a sus patrones si llega a conocerlos en pantuflas. Que es tal vez lo que harán los *capos* encorbatados del Cartel de Cali. La prensa norteamericana ha registrado con

insistencia el escepticismo de las (anónimas) autoridades de Estados Unidos en lo tocante a la “determinación real” del Estado colombiano de destruir a los rivales y sucesores de Escobar, que atomizados en varias bandas siguen dominando el narcotráfico. En una frase afortunada, alguien ya dijo que los asesinos de Escobar están siendo sustituidos por batallones de abogados. Todo indica, hasta que se pruebe lo contrario, que, después de algunos años en cómodas cárceles, los distinguidos caballeros de Cali que se han entregado se instalarán (por el momento) en algún discreto rincón del *establishment* colombiano. Sólo la desesperación de un presidente acorralado como Samper podría arruinar el proceso.

Hijo de la violencia en más de un sentido, Pablo Escobar perdió el rumbo después de rebasar los límites efectivos de la acción violenta. En su aturdimiento no llegó a percatarse de que la manera de triunfar sobre las élites, ya sin cicatrices de guerra, es asociándose formalmente con ellas, casando a sus hijos con sus hijas. Los nuevos burgueses de Cali, o sus sucesores, serán los próceres de mañana. En el prefacio a su novela *Un héroe de nuestro tiempo*, el ruso Lermontov dice, en otro contexto, que su personaje “es un retrato compuesto de todos los vicios de nuestra generación”. Podría haber estado hablando de la vida sórdida, brutal y corta de Pablo Escobar.

Hugo Estenssoro